

## LA CAMA

"Honnei soit qui mal y pense."

Para dormir, con sueño, tiempo y un reducido espacio basta.

Para meditar, el santo suelo es suficiente.

Para amar, un sí es cuanto se requiere.

Para nacer, cualquier lugar sirve—el río, los coches de la E.M.T.—.

Para morir, cuanto no se sea entregar el alma a Dios, sobra.

Y, sin embargo, ¿qué sería de nosotros si no tuviéramos camas limpias, camas "calientes y confortables" para el invierno—como las desea el arquitecto Lawrence Wright (trad. española en la Editorial Noguer)—y camas frescas como las apetecemos en el trópico y en Madrid, durante la canícula?

A poco que se medite, bien se ve que la cama es más que un mero mueble, por muy funcional que se considere el trasto en cuestión.

Recordemos que las camas sirvieron para deshonrar, para asesinar, para suicidarse, para cita de fantasmas (sobre todo en tierra inglesa brumosa), para hacer hombres, para entregarlos al vivir exterior, para recibir honores, para crear obras perdurables—toda *A la Recherche du Temps Perdu* la escribió Marcel Proust a bordo de una cama de hierro blanco esmaltado, con una *chalupa* a su vera, mesita banal, pero atestada de libros, cuadernos y papелotes—. Por razón de lo que aconteció—o no aconteció—en algunas camas varió el rumbo político de algunos reinos famosos.

Sirvieron y sirven las camas para ser en ellas feliz o desgraciado. Para del todo amar, para soñar, para meditar, para yacer

cumpliendo con *voluntad placentera, clara y pura...*, o bien sin ella, el acto de morir.

Lo olvidaba: las camas también sirven para dormir de noche, para dormir la siesta, para pasar la gripe... y para dejar encima todo lo que no tiene lugar preciso en un momento dado.

Si bien se considera, la contextura, la forma, el estilo, la disposición y situación de la cama en la casa revelan las variantes de la civilización y los estilos de vida. Y esta revelación surge si hacemos una cala vertical en el Tiempo y si en nuestro propio Tiempo levantamos las techumbres de las casas del mundo, como hacía el Diablo Cojuelo. De tal manera que, por las camas que tenemos, por el uso que hacemos de esas camas, puede descubrirse nuestro carácter y es posible descifrar nuestra personalidad con tanta justeza como cabe hacerlo leyendo en las manos—no en las rayas de la palma, sino en las líneas de las manos desnudas o enguantadas—. Y asimismo por cómo disponen el lugar de las camas en sus planos, y por el estilo de camas que prejuzga la arquitectura de una vivienda, se saben del arquitecto datos mil, personales, increíbles, fantásticos.

Las excavaciones de Asia Menor han puesto de manifiesto camas y más camas de todos conocidas—y por Napoleón copiadas—. Pero el primer mueble cama del que sabemos más es obra de Odiseo. El cual explica, además, la fabricación de esta famosa cama, diciendo:

"Creció dentro del patio un olivo de alargadas hojas, robusto y floreciente, que tenía el grosor de una columna. En torno del mismo labré las paredes de mi cámara, empleando multitud de piedras; la cubrí con excelente techo y la cerré con puertas sólidas, firmemente ajustadas. Después, corté el ramaje de aquel olivo de alargadas hojas; pulí con el bronce su tronco desde la raíz, haciéndolo diestra y hábilmente; lo enderecé por medio de un nivel para convertirlo en pie de la cama y lo taladré todo con un barreno. Comenzando por este pie, fui haciendo y pulimentando la cama hasta terminarla; la adorné con oro, plata y marfil, y extendí en su parte interior unas vistosas correas de piel de buey, teñidas de púrpura" (*Odisea, Canto XXIII*).

La cama de Odiseo sirve para cerrar el viaje del héroe, con el retorno a la raíz de su casta.

La Literatura ha llevado muchas camas a sus páginas como elementos en sí mismos vivientes, que tienen personalidad propia

y que no son mero escenario pasivo, sino lugar significativo. El mejor ejemplo de cama-personaje literario es la cama del Escudero toledano, en el *Lazarillo*, trágico esperpento, compañera fidelísima de quien se escarba los dientes sin antes haberles dado cosa que mascar:

"Mozo, párate allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púseme de un cabo y él del otro, y hecimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa, que por no estar muy continuada a lavarse, no parecía colchón, aunque servía de él, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos, haciendo cuenta de ablandalle; lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí, que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban, y parecían a lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco. Y sobre aquel hambriento colchón, un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar."

En las Novelas y en los Entremeses de Cervantes hay camas. ¿Quién no recuerda la muerte de don Alonso-don Quijote en su cama? ¿Quién se olvida de la cama de Carrizales, el Celoso Extremeño? Sin embargo, las camas éstas, de por sí, son piezas anejas al personaje, sin personalidad propia, como la tienen la cama del Escudero, la de Odiseo. En Cervantes hay dos camas contrapuestas y convertidas en personajes agentes en la novela *La Señora Cornelia*. Me refiero a las dos camas de casa de los caballeros españoles, residentes en Bolonia, en las que hacen su presentación dos Cornelias, tan variadas entre sí como lo son estas dos camas. La señora Cornelia Bentibolli da su máximo—el relato emocionado de su vida—sobre la cama de don Antonio de Isunza, y se mueve sobre ella con tanta holgura y tanto señorío como si se hallase en su propio estrado, en el palacio boloñés de Bentibolli. La segunda Cornelia, "alguna pícara de las pérdidas por el mundo", aparece en la cama de un paje: "una mujer que estaba

envuelta en una sábana de la cama y cubierto el rostro". La cama es pobre; la moza, "de no mal parecer". Las dos Cornelias—hasta el presente—se hallan en situación de pérdidas: la señora, por amor y bajo palabra de matrimonio; la moza: "¡Válame Dios! ¿Es éste algún buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos milagrones?" Los destinos parece que quedan significados en las camas, en la manera de estar puestas y vestidas las camas y en el modo de moverse sobre ellas las mujeres, conscientes de su dignidad o de su... "nadie diga de esta agua no beberé", en sentencia de la Cornelia pícara.

En cuanto a camas históricas, sabemos que en Yuste y en El Escorial estuvieron las camas del emperador y del rey Felipe II. Y en ellas los grandes monarcas padecieron torturas infernales—sin más consuelo que los de la Religión—. Así, el padre Sigüenza explica a qué extremos de degradación, como cama, llegó la de Felipe II:

"Así se convirtió aquella cama real poco menos que en muladar podrido, y digo poco, porque no era sino harto peor..." (*Historia de la Orden de San Gerónimo, Libro III, Discurso 20.*)

Pienso que en los pasados siglos el frío, la falta de cristales y las ideas médicas reinantes hicieron que las camas empezaran a ser recintos acolchados y cerrados por sus seis lados, dentro de los cuales transcurrían ciertos actos del vivir a cortina echada y otros a cortina abierta. Entre ellos, los matrimonios reales, cuya consumación debía celebrarse en presencia de testigos calificados, especialmente designados para dar fe de que el matrimonio había tenido efecto carnalmente, tras lo cual mostraban al público la sábana manchada. Eran garantías forzosas que habían de tomarse en las monarquías hereditarias. En España, el uso fue abolido por Enrique IV, y jamás volvió a implantarse, para felicidad, en primer lugar, de Isabel de Castilla.

Los nacimientos reales también debían acontecer cara al público, y la costumbre estuvo a punto de costarle la vida por asfixia a María Antonieta, cuando dio a luz al Delfín. Los ciudadanos se agolpaban en torno al lecho de la joven reina, vertían las jofainas de agua hirviente, impedían la actuación del médico y de la "mujer sabia"...

Fue costumbre en Inglaterra y en otros países, durante el siglo XVII, recibir parabienes o pésames estando en la cama—en camas de respeto—y con una vestimenta especialmente concebida para la ocasión.

Más adelante, las camas contaron con un recinto cerrado para su disposición: la alcoba. Cuarto sin ventilación directa, especie de concha, en la que la cama hacía el papel de perla del hogar. Era la cama de la vida y de la muerte.

Durante mucho tiempo la cama fue el mueble esencial del hogar. Antes, sin duda, lo había sido el fuego. Hoy, tal vez, lo sea la pieza entera que se denomina estar-comedor.

Poner una casa era instalar en un recinto cerrado la cama del matrimonio. Pero la cama era de la mujer siempre. Ley del campo: la mujer no puede dejar de dormir en su propia cama ni usar ropas ajenas. La cama de la mujer ha de ser como ella misma, pura. Y sólo su velado puede dormir en esa cama. De aquí procede que se haya hecho costumbre que la mujer—en la nueva casa—ponga el dormitorio y el marido ponga el resto. Hoy—sabido es—los dos lo compran todo de común acuerdo, y a plazos por añadidura, y con ello nada se ha perdido mientras haya limpio sentir y claro proceder.

Grandes, encumbrantes camas. Hacer una cama era obra de titanes. Mozas fuertes volvían—entre dos—, zarandeaban colchones, que los tenían las camas a pares y a triples; ahuecaban almohadas y oreaban pesadísimas mantas, porque calor y peso eran nociones inseparables.

Nuestra clase media normal residía por los "veinte" en pisos llenos de pequeñas habitaciones—achicadas por la altura de los techos—dispuestos a lo largo de gozosos pasillos para jugar, agotadores para atender la casa. Y en esas habitaciones había poco más que una cama, una espeluznante mesilla de noche, por lo que escondía en su panza, una silla y un perchero de garabato. Hoy, todas estas piezas pueden verse—ejemplares únicos—en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Y, de entre todas ellas, el perchero de garabato cierto que merece el lugar que ocupa.

Por los años "veinte" empezaron a desaparecer las *chaise long*, los *récamier*, y surgieron los *couch* o *lit* de repos. Camas escuetas, bajas, sin más que jergón y colchón, sembrado de almohadones confundidos con las almohadas. Estas son las camas de nuestros cuartos de estudiantes. Aquellas colchas de cretonas inglesas o de indianas llevan la huella indeleble de la tinta, del chocolate y saben del bien y del mal, del mundo futuro sin máculas... Era el tiempo en que todavía las habitaciones toleraban un ribete de camas bajas, dispuestas con mesas bajas, a lo Foujita—pabellón japonés en la Ciudad Universitaria de París—. Era el tiempo en que los hijos todavía tenían habitaciones personales en las familias.

Pero esto es historia lejana. Vengamos a lo de hoy.

Hoy, las camas apenas se parecen a sí mismas. Ante todo, las camas con pies y cabeceras resultan insólitas. Los jergones han dado paso a las tablas, y el colchón tiene en sí muelles de jergón y blandura de almohada. En algunos casos, el colchón es espuma. Como los cabezales, muchas veces, pertenecen realmente a la pared en que se apoya la cama, y los pies de la cama son un mero soporte del colchón, la cama, siendo de proporciones cómodas, abulta poco en la habitación.

Lo insólito son las gracias, trebejos, aparatos, músicas de que están dotadas las camas más sensacionales de nuestro tiempo. Como es sabido, pueden dar al insomne y al cansado, sin más que leve presión o leve voz a un mando, masaje restaurador que distienda sus músculos cansados y suscite sueño plácido. Estas camas de hoy, todavía poco frecuentes entre nosotros, tienen, además, movimientos insospechados: se empinan, se inclinan, se pliegan a las posturas del cuerpo. Son camas pensadas para relajar al excitado viviente que ha transcurrido catorce horas en lucha desigual contra la prisa, el ruido, la aglomeración y tensiones mil de toda índole por segundo. Son camas para restaurar el equilibrio de quienes trabajan en la ciudad. A los pies de la cama, y como elemento suyo, la pantalla de televisión. Ahora, la mesilla de noche es anejo perfecto, que mantiene a disposición del encamado teléfonos, radio, tocadiscos, bar, nevera, cocinilla y aún brinda espacio para libros, revistas y pastillas tranquilizantes o somníferas.

Diríase que el vivir de los dueños de estas camas transcurre en negocio fuera de ellas y en ocio en ellas, teniendo en cuenta que por ocio los... negociantes... entienden seguir comunicando con sus negocios. No falta, para que el cuadro sea sublime, sino una alfombra andante que saque del baño a los cansados y los encame, teléfono en mano, naturalmente. Y esto, que en verdad parece infernal vivir, no es sino mal menor y necesario. Porque quienes viven en barullo tenso tantas horas al día no podrían resistir, de golpe, el paso al sosiego feliz, de luz media, sin ruidos, sin nada más que lo que la mente apetezca o el cuerpo anhele.

Esta felicidad en calma les causaría ignotos males. Es el tributo que el hombre paga por vivir en unión de varios millones de hombres en un espacio breve de suelo.

Los gadget para la cama, para dormir, son increíbles hoy. En Nueva York los ofrecía, y supongo sigue ofreciéndolos, la tienda del Sueño. Ocho pisos de cosas para dormir. Ocho pisos de cosas para hacer la propia residencia en la propia cama. El poeta Pedro Salinas tenía esta tienda de Nueva York por monumento más sensacional que los *Cloisters*. Por ella—decía el poeta—la humanidad recibe los mayores alientos para seguir radicada en Tierra. El respeto al sueño, la ayuda al sueño, la importancia conferida al sueño, todo era para Pedro Salinas la realización de una especial "voz a ti debida" para que el hombre no muriese de ansiedad y de insomnio.

Sin embargo, nada de todo esto caracteriza a la cama actual en nuestra ciudad, en nuestras ciudades.

Lo actual, lo que debe ser señalado, es que la cama, hoy, ya no puede ser y parecer sólo cama. ¡Qué grandes complejos deben tener esas camas que son camas, sólo camas!

En los nuevos pequeños pisos hay un dormitorio único—el de los padres—, con cama más o menos oronda. Curioso hecho: quienes ocupan los extremos en la curva de bienes de fortuna no están felices si no tienen grandes camas importantes en inmensas salas o en minúsculos camaranchones. Los que pertenecen a la medianía de la curva de bienes no confieren, en general, tan señalada importancia a la cama. Y ello hace que la cama del matrimonio no sea ya casi nunca una cama matrimonial, sino dos camas ocultas bajo la apariencia de una sola, o claramente dos pequeñas camas contiguas sin solución aparente de continuidad. Parece que estas camas gemelas, para matrimonios nuevos, correspondan a su habitual caminar de la mano por el mundo. Y aquellas grandes camas parece, me parece a mí siempre, que los novios las eligieron pensando que también en la ocasión deberían arrastrar consigo a la famosa *chaperon*, y procuraron que, gracias al ancho de la cama, fuera posible dejarla aislada, cegada entre mantas, como en los días de la elección de muebles la cegaban en churros y bombones...

En las casas de hoy el resto de las camas ya no pueden ser camas francas, y ni siquiera *lits* de repos, porque han de ser camas de noche, y de día, sofá, mesa, consola, puerta de armario engañadora...

Lo típico es que las casas de día hagan que nos preguntemos dónde duermen sus habitantes. De noche, en cambio, nos preguntamos qué guerra estalló, que ha convertido la casa en hospital, con camas diseminadas por todas partes.

La solución mueble-cama es satisfactoria en muchos casos. En otros, no. Porque muchas veces nada sucedería si en una habitación hubiera una simple camita en vez de un terrible armatoste convertible en canija cama durante la noche. Con los modernos métodos de purificación del aire, parece que habría de haber métodos más sencillos de situar camas en forma de literas que no el abarrotar de muebles pesados—por convertibles—el aérea escasa de las viviendas.

Sospecho que la razón no está en que se busque con estos trastos la comodidad del cuerpo, sino la satisfacción del alma. Es muy difícil que en ciertos niveles económicos la familia renuncie al aparador. Y, en su virtud, se resuelve el trance con el aparador

cama. Semejante hecho me extraña sobre manera. Porque es raro que una mujer de las que no pueden vivir sin aparador desee que sus hijos nazcan en casa. Prefiere siempre, para el trance feliz, una maternidad, y así resulta que los secretos del alma son misterios.

Resumiendo, diré que lo que señala el día de hoy, en el sector cama, es el mueble cama. La cama oculta. Y el hecho es sorprendente. Hace treinta años todavía escandalizaba en París que *Volpone*—de Ben Johnson—se representase colocando una cama del tiempo en escena. Hoy, cualquier teatro, cualquier pantalla, grande o chica, saca a escena las camas que necesite la obra que presenta. Nunca como hoy le ha molestado menos a la gente dormir con público, no ya en las conferencias o en el cine, sino en la

arena de las playas o en los campos. Y es asombroso el gusto que parecen experimentar muchos jóvenes—de nacionalidades varias—en tener público para el caso, como los reyes medievales la primera noche, durante cualquier hora del día. Sin embargo, hoy no gustan las camas a la vista. Y la categoría de una vivienda—en las economías mínimas—se la dan los muebles cama, poco logrados casi siempre, costosísimos y encumbrantes en demasía. ¿Qué sentido tiene este deseo de ocultación diurna de la cama allí donde no sería, en rigor, necesario tal ocultamiento? ¿Moda? ¿Capricho? ¿Sensación de haber ascendido a mejor categoría social? No lo sé. Sí sé que nunca se dieron más vueltas a las camas y menos a los colchones que en nuestros días. Sí sé que nunca se consumieron más somníferos que en este año de gracia de 1967.

